

## Entrevista a Pierre Bourdieu La "Juventud" no es más que una palabra

Anne-Marie Mètaille

**¿Cómo enfoca el sociólogo el problema de los jóvenes?**

—El reflejo profesional del sociólogo es señalar que las divisiones entre las edades son arbitrarias. Es la paradoja de Pareto, cuando dice que no se sabe a qué edad empieza la vejez igual que no se sabe dónde empieza la riqueza. De hecho, la frontera entre juventud y vejez en todas las sociedades es objeto de lucha. Por ejemplo, hace algunos años leí un artículo sobre las relaciones entre jóvenes y notables en Florencia durante el siglo XVI, que mostraba que los viejos proponían a los jóvenes una ideología de la virilidad, de la *virtú*, y de la violencia, lo que era una forma de reservarse para sí la sabiduría, es decir, el poder. De la misma forma, Georges Duby muestra claramente cómo en la Edad Media los límites de la juventud eran manipulados por los que detentaban el patrimonio, que debían mantener en un estado de juventud, es decir, de irresponsabilidad, a los jóvenes nobles que podían pretender la sucesión. Encontraríamos situaciones equivalentes en los dichos y proverbios, o sencillamente en los estereotipos sobre la juventud, o aun en la filosofía, desde Platón hasta Alain, que asignaba a cada edad su pasión específica: a la adolescencia el amor, a la edad madura la ambición. La representación ideológica de la división entre jóvenes y viejos otorga a los más jóvenes ciertas cosas que hacen que dejen a cambio otras mu-

chas a los más viejos. Esto se ve muy bien en el caso del deporte, como, por ejemplo, en el rugby, donde se exalta a los "buenos chicos", esas buenas bestias dóciles destinadas a la oscura abnegación del juego de delanteros que ensalzan los dirigentes y comentaristas. ("Sé fuerte y calla, no pienses.") Esta estructura, que existe en otros casos (como en las relaciones entre los sexos), recuerda que en la división lógica entre jóvenes y viejos está la cuestión del poder, de la *división* (en el sentido de repartición) de los poderes. Las clasificaciones por edad (y también por sexo, o, claro, por clase...) vienen a ser siempre una forma de imponer límites, de producir un *orden* en el cual cada quien debe mantenerse, donde cada quien debe ocupar su lugar.

**—¿Qué entiende usted por viejo? ¿Los adultos? ¿Los que están en edad productiva? ¿O la tercera edad?**

—Cuando digo jóvenes/viejos, entiendo la relación en su forma más vacía. Siempre se es joven o viejo para alguien. Por ello las divisiones en clases definidas por la edad, es decir, en generaciones, son de lo más variables y son objeto de manipulaciones. Por ejemplo Nancy Munn, una etnóloga, muestra que en ciertas sociedades de Australia el hechizo de juventud que emplean las viejas para recuperar su lozanía está considerado como algo totalmente diabólico porque desquicia los límites en-



tre edades y ya no se sabe quién es joven y quién es viejo. Lo que yo quiero señalar es que la juventud y la vejez no están dadas, sino que se construyen socialmente en la lucha entre jóvenes y viejos. Las relaciones entre la edad social y la edad biológica son muy complejas. Si comparáramos a los jóvenes de las diferentes fracciones de la clase dominante, por ejemplo, a todos los jóvenes que entran en la Escuela Normal Superior, la Escuela Nacional de Administración, a la Escuela Nacional de Ingeniería, a la Escuela Politécnica, etcétera, en el mismo año, veríamos que estos "jóvenes" tiene más atributos propios del adulto, del viejo, del noble, del notable, cuanto más cerca se encuentran del polo del poder. Cuando pasamos de los intelectuales a los gerentes generales, desaparece todo lo queda un aspecto joven, como el cabello largo, los pantalones vaqueros, etcétera. Como lo he mostrado respecto de la moda o la producción artística y literaria, cada campo tiene sus *leyes específicas de envejecimiento*: para saber cómo se definen las *generaciones* hay que conocer las leyes específicas de funcionamiento del campo, las apuestas de la lucha y cuáles son las divisiones que crea esta lucha (la "nueva ola", la "nueva novela", los "nuevos filósofos", los "nuevos magistrados"...). Todo esto es de lo más trivial, pero muestra que la edad es un dato biológico socialmente manipulado y manipulable; muestra que el hecho de hablar de los jóvenes como de una unidad social, de un grupo constituido, que posee intereses comunes, y de referir estos intereses a una edad definida biológi-

camente, constituye en sí una manipulación evidente. Al menos habría que analizar las diferencias entre las juventudes, o, para acabar pronto, entre las *dos* juventudes. Por ejemplo, se podrían comparar de manera sistemática las condiciones de vida, el mercado de trabajo, el tiempo disponible, etcétera, de los "jóvenes" que ya trabajan y de los adolescentes de la misma edad (biológica) que son estudiantes: por un lado están las limitaciones, apenas atenuadas por la solidaridad familiar, del universo económico real y, por el otro, las facilidades de una economía cuasi lúdica de pupilo del Estado, fundada en la subvención, con alimentos y alojamiento baratos, credenciales que permiten pagar menos en cines y teatros... Encontraríamos diferencias análogas en todos los ámbitos de la vida: por ejemplo, los chiquillos mal vestidos, con cabello demasiado largo, que pasean a la novia en una triste motocicleta el sábado por la tarde, son a los que detiene la policía. En otras palabras, sólo con un abuso tremendo del lenguaje se puede colocar bajo el mismo concepto universos sociales que no tienen casi nada en común. En un caso tenemos un universo de adolescencia, en el verdadero sentido, es decir, de irresponsabilidad provisional: estos "jóvenes" se encuentran en una especie de *tierra de nadie* social, pues son adultos para ciertas cosas y niños para otras, aparecen en los dos cuadros. Por esto muchos adolescentes burgueses sueñan con prolongar su adolescencia: es el complejo de Frédéric, en *La educación sentimental* que eterniza la adolescencia. Una vez dicho esto, estas "dos juventudes" no representan más que los dos polos opuestos, los dos extremos de un espacio de posibilidades que se presentan a los "jóvenes". Una de las aportaciones interesantes del trabajo de Thévenot fue mostrar que, entre estas dos posiciones extremas, la del estudiante burgués y la del joven obrero que ni siquiera tuvo adolescencia, hoy existe toda clase de figuras intermedias.

—¿Acaso lo que produjo esa especie de continuidad allí donde

existía una diferencia más marcada entre las clases no fue la transformación del sistema escolar?

—Uno de los factores que contribuyó a confundir las oposiciones entre las diferentes juventudes de clase es el hecho de que las diferentes clases sociales tuvieron acceso de manera proporcionalmente más importante a la enseñanza secundaria y que, con esto mismo, una parte de los jóvenes (desde el punto de vista biológico) que hasta este momento no habían tenido acceso a la adolescencia descubrió este estatus temporal de "medio niño-medio adulto", "ni niño, ni adulto". Creo que es un hecho social muy importante. Incluso en los medios aparentemente más alejados de la condición de estudiante durante el siglo XIX, es decir, en las pequeñas aldeas rurales, ahora que los hijos de los campesinos o artesanos van al Colegio de Enseñanza Secundaria de su localidad, incluso en esos casos, los estudiantes se encuentran, durante un periodo relativamente largo y a una edad en la que antes hubieran estado trabajando, en esas posiciones casi externas al universo social que definen la condición de adolescente. Parece que uno de los efectos más fuertes que tiene la situación del adolescente proviene de esta especie de existencia separada, que lo deja socialmente *fuera de juego*. Las escuelas del poder, y sobre todo las grandes escuelas, colocan a los jóvenes en recintos aislados del mundo, que son como espacios monásticos donde viven apartados, donde hacen ejercicios espirituales, retirados del mundo y dedicados por completo a prepararse para las más "elevadas funciones". Allí hacen cosas enormemente gratuitas, esas que se hacen en la escuela, meros ejercicios. De unos años para acá, casi todos los jóvenes han tenido acceso a alguna forma más o menos cabal—y sobre todo más o menos larga—de esta experiencia; por corta o superficial que haya sido, se trata de una experiencia decisiva, ya que basta para provocar una ruptura más o menos profunda con el "cae por su peso". Conocemos el caso del hijo del mi-

nero que desea bajar a la mina lo antes posible, porque eso significa entrar en el mundo de los adultos. (Aun hoy en día, una de las razones por las cuales los adolescentes de las clases populares quieren dejar la escuela y entrar a trabajar desde muy jóvenes, es el deseo de alcanzar cuanto antes el estatus de adulto y las posibilidades económicas que éste entraría: tener dinero es muy importante para darse seguridad ante los amigos, ante las chicas, para poder salir con los amigos y con las chicas, es decir, para ser reconocido y reconocerse como "hombre". Este es uno de los factores del malestar que suscita en los niños de las clases populares una escolaridad prolongada.) Una vez dicho esto, el estar en una situación de "estudiante" induce a un montón de cosas que son constitutivas de la situación escolar: tienen su paquete de libros amarrados con un cordel, están sentados en una motocicleta cotorreando con una chica, están sólo entre jóvenes, chicos y chicas, fuera del trabajo, y en casa están eximidos de las tareas materiales en nombre del hecho de que están estudiando (un factor importante: las clases populares se pliegan a esta especie de contrato tácito que hace que los estudiantes queden fuera de juego). Pienso que esta forma simbólica de dejar fuera de juego tiene cierta importancia, sobre todo porque viene acompañada de uno de los efectos fundamentales de la escuela, que es la manipulación de las aspiraciones. Se suele olvidar que la escuela no es sólo un lugar donde se aprenden cosas, ciencias, técnicas, etcétera, sino también una institución que otorga títulos, es decir, derechos, y que con ello confiere aspiraciones. El antiguo sistema escolar producía menos desajustes que el actual, con sus trayectorias complicadas, que hacen que la gente tenga aspiraciones que no corresponden a sus posibilidades reales. Antiguamente, había trayectorias relativamente claras: el que pasaba del certificado de estudios primarios entraba a un curso complementario, en una EPS, una escuela secundaria o un liceo; estas trayectorias estaban claramente

jerarquizadas y nadie se confundía. Hoy en día existen cantidad de trayectorias poco claras y hay que estar muy al tanto para no caer en las vías muertas o los garlitos, así como en la trampa de las vocaciones y los títulos devaluados. Esto contribuye a que exista cierta disparidad entre las aspiraciones y las posibilidades reales. El sistema escolar antiguo obligaba a interiorizar profundamente los límites; llevaba a aceptar el fracaso a los límites como algo justo e inevitable... Por ejemplo, los maestros y maestras de escuela primaria eran personas que se seleccionaban y orientaban, de manera consciente o inconsciente, de tal forma que quedarán aislados de los campesinos y obreros, al tiempo que permanecían separados completamente de los profesores de educación secundaria. Al colocar en una situación de alumno de liceo, incluso ya devaluada, como ésta, a niños que pertenecen a clases para quienes la enseñanza secundaria era antiguamente del todo inaccesible, el sistema actual impulsa a estos niños y sus familias a esperar lo que el sistema escolar otorgaba a los alumnos de los liceos en la época en que ellos no tenían acceso a dichas instituciones. Entrar en la enseñanza secundaria significa entrar en las aspiraciones que se inscribían en el hecho de tener acceso a la enseñanza secundaria en una etapa anterior; ir al liceo significa calzar, como si fueran botas, la aspiración de convertirse en profesor de liceo, médico, abogado o notario, posiciones que abrían el liceo entre la primera y la segunda guerra mundial. Empero, cuando los niños de las clases populares no estaban dentro del sistema, éste no era el mismo. A causa de todo esto hay una devaluación por simple inflación y también porque cambió la "calidad social" de los que poseen los títulos. Los efectos de la inflación escolar son más complicados de lo que se suele decir: como un título vale siempre lo que valen sus poseedores, un título que se hace más frecuente se devalúa y pierde aún más valor porque se vuelve accesible a gente "que no tiene valor social".



**-¿Cuáles son las consecuencias de este fenómeno de inflación?**

-Los fenómenos que acabo de describir provocan que se frustren las aspiraciones que se inscriben objetivamente en el sistema tal como era en la etapa anterior. El desfase que existe entre las aspiraciones favorecidas por el sistema escolar mediante todos los efectos que he evocado y las posibilidades que otorga realmente es la causa de la desilusión y del rechazo colectivos que se oponen a la adhesión colectiva (que evoqué al hablar del hijo del minero) de la época anterior, y la sumisión anticipada a las posibilidades objetivas que era una de las condiciones tácitas para el buen funcionamiento de la economía. Se trata de una especie de ruptura del círculo vicioso que hacía que el hijo del minero quisiera bajar a la mina, sin llegar a preguntarse si podría no hacerlo. Claro está que lo que he descrito aquí no es válido para toda la juventud: hay aún cantidad de adolescentes, y sobre todo adolescentes burgueses, que están en el círculo igual que antes; ven las cosas igual que antes, quieren realizar estudios superiores, ir al MIT o al Harvard Business School, pasar todos los concursos habidos y por haber, igual que antes.

**-En las clases populares, estos chiquillos se encuentran en situaciones desfasadas dentro del mundo del trabajo.**

-Es posible encontrarse lo bastante adaptado al sistema escolar como para encontrarse aislado del medio del trabajo, sin estarlo lo suficiente como para lograr encontrar

trabajo por medio de los títulos académicos. (Este era ya un añejo tema de la literatura conservadora de 1880, que hablaba de los bachilleres desempleados y temía ya los efectos de la ruptura del círculo de las posibilidades y las aspiraciones y las evidencias consiguientes.) Uno puede ser muy desdichado dentro del sistema escolar, sentirse como un completo extraño en él, y participar de todas formas de esa especie de subcultura escolar, del grupo de estudiantes que uno encuentra en las fiestas, que tienen un estilo propio, que están lo bastante integrados a esta vida como para aislarse de su familia (que ya no comprenden, ni los comprenden a ellos: “¡Con la suerte que tienen!”), y, por otro lado, tener una especie de sentimiento de desasosiego, de desesperación ante el trabajo. De hecho, a ese efecto de desprendimiento del círculo, viene a añadirse, a pesar de todo, el confuso descubrimiento de lo que el sistema escolar promete a algunos; es el descubrimiento confuso, aun mediante el fracaso, de que el sistema escolar contribuye a reproducir los privilegios. Pienso —ya había escrito esto hace diez años— que para que las clases populares pudieran descubrir que el sistema escolar funciona como instrumento de reproducción era necesario que pasaran por él. En el fondo, podían creer que, la escuela era liberadora, o, por más que digan los Portavoces, no tener ninguna opinión, mientras nunca hubieran tenido nada que ver con ella, salvo a nivel primario. Actualmente en las clases populares, tanto entre los adultos como entre los adolescentes, se está dando el descubrimiento, que aún no ha encontrado su lenguaje, de que el sistema escolar es un vehículo de privilegios.

—Pero, ¿cómo podría explicarse el hecho de que, desde hace unos tres o cuatro años, se observa una despolitización mucho mayor, según me parece?

—La rebelión confusa—cuestionamiento del trabajo, la escuela, etcétera— es global, pone en tela de juicio a todo el sistema escolar y se opone de manera absoluta a lo que

era la experiencia del fracaso en el sistema tal como era antes (la experiencia no ha desaparecido por ello, claro; no hay más que escuchar entrevistas: “No me gustaba el francés, no me sentía a gusto en la escuela...”). Lo que se está dando a través de formas más o menos anómicas, anárquicas, de rebelión, no es lo que se suele entender por politización, es decir, lo que los aparatos políticos están preparados para percibir y reforzar. Se trata de un cuestionamiento más general y más vago, una especie de malestar en el trabajo, algo que no es político en el sentido ya establecido, pero que podría serlo; es algo que se parece mucho a ciertas formas de conciencia política que son ciegas a ellas mismas porque no han encontrado su discurso, pero poseen una fuerza revolucionaria formidable, capaz de rebasar los aparatos y que se encuentran, por ejemplo, entre los subproletarios o los obreros de primera generación de origen campesino. Para explicar su propio fracaso, para soportarlo, esta gente tiene que poner en tela de juicio todo el sistema, sin particularizar, el sistema escolar, y también la familia, de la que es cómplice, y todas las instituciones, identificando la escuela con el cuartel, el cuartel con la fábrica. Hay una especie de izquierdismo espontáneo que recuerda en más de un rasgo el discurso de los subproletarios.

—¿Esto influye sobre la lucha de generaciones?

—Una cosa muy sencilla, y que a nadie se le ocurre, es que las aspiraciones de las generaciones sucesivas, de los padres y los hijos, se constituyen en relación con los diferentes estados de la estructura de distribución de los bienes y de las posibilidades de tener acceso a los diversos bienes: lo que para los padres era un privilegio extraordinario (por ejemplo, cuando ellos tenían 20 años, sólo una de cada mil personas de su edad y medio tenía auto) se ha vuelto común, estadísticamente. Muchos de los conflictos entre generaciones son conflictos entre sistemas de aspiraciones constituidos en edades diferentes. Lo que para la



generación 1 fue una conquista de toda la vida, la generación 2 lo recibe al nacer, de inmediato. Este desfase es particularmente pronunciado entre las clases en decadencia, que no tienen ni siquiera lo que poseían a los 20 años, en una época en la que todos los privilegios de sus 20 años (como ir a esquiar o al mar) se han vuelto *ordinarios*. No es una mera casualidad que el racismo anti-jóvenes (que se ve claramente en las estadísticas aunque no se tengan, desgraciadamente, análisis por fracción de clases) pertenece a las clases en decadencia (como los pequeños artesanos o comerciantes), o a los individuos en decadencia y los viejos en general. Claro que no todos los viejos son anti-jóvenes, pero la vejez es también una decadencia social, una pérdida de poder social, y por ese lado los viejos también participan de la relación con los jóvenes que caracteriza a las clases en decadencia. Resulta claro que los viejos de las clases que están en decadencia, como los comerciantes o artesanos viejos, acumulan estos síntomas: son anti-jóvenes, pero también antiartistas, antintelectuales, anti-protesta, están en contra de todo lo que cambia, todo lo que se mueve, justamente porque tienen el porvenir detrás de ellos no tienen porvenir, mientras que los jóvenes se definen como los que tienen porvenir, los que definen el porvenir.

—Pero, ¿acaso el sistema escolar no origina conflictos entre generaciones, en la medida en que puede acercar en las mismas posiciones sociales a personas que se



### formaron durante dos etapas diferentes del sistema escolar?

—Podemos partir de un caso concreto: actualmente, en muchas de las posiciones medias de la burocracia pública donde se puede avanzar aprendiendo en el propio trabajo, se encuentran juntos, en la misma oficina, jóvenes bachilleres o incluso licenciados recién salidos del sistema escolar, y personas de cincuenta o sesenta años que empezaron treinta años antes con el certificado de primaria en una época del sistema escolar en que este certificado era aún poco frecuente, y que por aprendizaje autodidacta y antigüedad alcanzaron posiciones directivas a las que ahora sólo tienen acceso los bachilleres. En este caso, los que se oponen no son los jóvenes y los viejos, sino prácticamente dos etapas del sistema escolar, dos etapas de la escasez diferencial de los títulos, y esta oposición objetiva se refleja en luchas de clasificación: como no pueden decir que son jefes porque son ancianos, los viejos invocarán la experiencia que se asocia con la antigüedad, mientras que los jóvenes invocarán la capacidad que garantizan los títulos. Se puede encontrar la misma oposición en el terreno sindical como en el sindicato FO de la compañía de correos, telégrafos y teléfonos en forma de una pugna entre jóvenes izquierdistas barbudos y viejos militantes de la tendencia antigua. También se encuentran lado a lado, en la misma oficina, en el mismo puesto, ingenieros egresados de la escuela técnica y de la Escuela Politécnica; la aparente identidad de

**COMUNICACION**

estatus oculta el hecho de que unos tienen porvenir, como se dice, y que sólo están de paso en una posición que es punto de llegada para los otros. En este caso, los conflictos suelen tomar otras formas, porque lo más seguro es que los jóvenes viejos (pues están *acabados*) hayan interiorizado el respeto por el título académico como registro de una diferencia de naturaleza. Así, en muchos casos, ciertos conflictos que se perciben como conflictos de generación se darán, en realidad, a través de las personas o grupos de edad constituidos en torno a relaciones diferentes con el sistema escolar. En la relación común con un estado particular del sistema escolar, y dentro de sus intereses específicos, distintos de los de la generación definida por su relación con otro estado muy diferente del sistema escolar, es donde (hoy en día) hay que buscar uno de los principios unificadores de una generación: lo que tienen en común la mayoría de los jóvenes, o al menos todos los que han sacado algún provecho, por poco que sea, del sistema escolar, que han obtenido una preparación mínima, es el hecho de que, de manera global, esta generación está mejor preparada para el mismo empleo que la anterior (como paréntesis, podemos observar que las mujeres, por una especie de "proceso discriminatorio, sólo obtienen los puestos a través de una sobreselección, y se encuentran constantemente en esta situación, es decir, siempre están más preparadas que los hombres de puesto equivalente...). Es cierto que, más allá de todas las diferencias de clase, los jóvenes tienen intereses colectivos de generación porque, independientemente del efecto de discriminación "antijóvenes", por el simple hecho de haberse encontrado con estados diferentes del sistema escolar siempre obtendrán menos por sus títulos que lo que hubiera obtenido la generación anterior. Hay una descalificación estructural de la generación. Sin duda esto es importante para comprender esa especie de desilusión que sí es relativamente común a toda la generación. Incluso en la burguesía, parte de los conflic-

tos actuales pueden explicarse de esa manera, por el hecho de que el plazo de sucesión se va alargando, que, como lo mostró claramente Le Bras en un artículo de *Population*, la edad a la cual se transmiten el patrimonio o los puestos es cada vez más avanzada y que los juniors de la clase dominante tienen que tascar el freno. No hay duda de que esto algo tiene que ver con la protesta que se observa en las profesiones liberales (entre los arquitectos, abogados, médicos, etcétera) y en la enseñanza. Al igual que a los viejos les conviene enviar a los jóvenes a la juventud, a los jóvenes les conviene enviar a los viejos a la vejez. Hay periodos en los que la búsqueda de "lo nuevo" por la cual los "recién llegados" (que son por lo general los más jóvenes desde el punto de vista biológico) empujan a "los que ya llegaron" al pasado, a lo superado, a la muerte social ("está acabado"), se intensifica, y por ello mismo, aumentan de intensidad las luchas entre las generaciones; son los momentos en que chocan las trayectorias de los más jóvenes con las de los más viejos, en que los "jóvenes" aspiran "demasiado pronto" a la sucesión. Estos conflictos se evitan mientras los viejos consiguen regular el ritmo del ascenso de los más jóvenes, regular las carreras y los planes de estudio, controlar la rapidez con que se hace la carrera, frenar a los que no saben hacerlo, a los ambiciosos que quieren "correr antes de saber andar", que "se empujan" (en realidad, casi nunca tienen necesidad de frenar a nadie, porque los "jóvenes"—que pueden tener 50 años—han interiorizado los límites, las edades modales, es decir, la edad en la que podrán "aspirar razonablemente" a un puesto; ni siquiera tienen la idea de solicitarlo antes de tiempo, antes de que "les llegue la hora"). Cuando se pierde "el sentido del límite", aparecen conflictos sobre los límites de edad, los límites entre las edades, donde está en juego la transmisión del poder y de los privilegios entre las generaciones.

\* Entrevista tomada del libro: *Sociología y Cultura*. Grijalbo / Consejo Nacional para la Cultura y las Artes. México, 1990.